

Cambio de paradigma, paradigma de cambio: el Parque La Carlota

Stefan Gzyl

Arquitecto y profesor de la Universidad Central de Venezuela

En los últimos años se ha visto en Caracas un renovado y generalizado interés por los temas de ciudad y espacio público. Lo curioso (y ciertamente esperanzador) es que este interés haya surgido precisamente en un momento en que el espacio público está siendo amenazado y abusado. La reacción ante las amenazas que se ciernen sobre el ámbito colectivo ha sido doble y en cierto modo contradictoria: si por una parte se ha visto un repliegue de la ciudadanía hacia esferas cada vez más seguras y protegidas, por otra parte ha surgido, como una suerte de reclamo colectivo, un deseo genuino por la recuperación de espacios de encuentro.

En este complejo contexto en que se entremezclan abandono con reconquista, polarización política con ánimos de reconciliación, las aspiraciones por una mejor ciudad han ido —literalmente— ganando terreno. Es también en este contexto donde recientemente tuvo lugar el concurso convocado por la Alcaldía Metropolitana de Caracas para la transformación de La Carlota. El debate suscitado puso sobre la mesa (tanto en medios profesionales como fuera de ellos) preguntas recurrentes sobre la ciudad. ¿Cómo construir un entorno urbano sustentable? ¿Cómo resolver los problemas de tráfico? ¿Cómo sanear el río Guaire y las quebradas? ¿Cómo responder ante un desastre natural?

Todas estas son preguntas pertinentes (y deudas pendientes) que la ciudad debe atender. Sin embargo, son también problemas que abarcan un ámbito mucho mayor que el de La Carlota. El que hayan surgido en discusiones en torno al destino de un espacio que, para ponerlo en perspectiva, representa alrededor del 0,1 por ciento de las casi 80.000 hectáreas del Distrito Metropolitano de Caracas, pareciera poner una enorme presión sobre un sector tan reducido de ciudad. ¿Debe recaer sobre La Carlota tal responsabilidad? ¿Es posible atender desde un espacio tan reducido problemas de escala metropolitana?

Si La Carlota —inmune durante décadas a las dinámicas urbanas— se integrara plenamente a la Caracas de hoy, y se destinara a suplir sus caren-

cias prioritarias, las presiones sobre este limitado espacio serían tan intensas que en poco tiempo se verían allí autopistas, estacionamientos, viviendas, centros de convenciones y demás infraestructuras que la ciudad del presente requiere para su supervivencia, y quizás, si sobrara algo de espacio, un parque. Pero, y esto no es necesariamente obvio, lo que el concurso pedía era antes que nada un parque. No un espacio para suplir una necesidad práctica e inmediata de la ciudad, sino un lugar para satisfacer otros tipos de exigencias y aspiraciones: un espacio cuyo valor simbólico supera con creces su utilidad en el sentido más estricto. En otras palabras, el problema no fue formulado en términos de lo necesario y concreto sino de lo deseado y posible; antes que el paliativo, el proyecto.

Este hecho refuerza la idea de que existe un cambio de postura significativo en la manera de enfrentar los problemas urbanos. En la medida en que sea asumido consciente y colecti-

El verdadero potencial de La Carlota reside en ser motor de cambio para transformaciones que afecten a la ciudad en su totalidad

vamente, y traducido en políticas concretas, este cambio sería la clave para poner en marcha transformaciones significativas en una ciudad tan acostumbrada a correr detrás de los problemas en lugar de adelantarse a ellos.

Distintas crisis (energéticas, económicas, naturales) han dado pie a profundos cambios en la manera de entender y planificar la ciudad contemporánea en todo el mundo. En Caracas, el modelo de desarrollo urbano vigente desde los años cincuenta, basado en el vehículo particular y sustentado en parte por la subvención a la gasolina, ha dejado una ciudad con calles repletas de carros y aceras vacías (a pesar de que solo el treinta por ciento de los caraqueños posee vehículo propio), además de un sistema de transporte público deficiente y una ciudad que sería incapaz de resistir un incremento de densidad sin colapsar.

La falsa idea de la abundancia, resultado de habitar un valle fértil que ha preservado su exuberancia natural, ha llevado al derroche de valiosos recursos con excusas como la de «en Caracas llueve mucho». La cultura de la inmediatez ha hecho que la planificación pierda sentido, y con ella la capacidad para anticipar circunstancias. En medio de esta crisis de valores (y en parte como consecuencia de ella), la ciudad exige urgentemente un cambio de paradigma. La relación con el entorno urbano, desde cómo construir y movilizar a la gente, de dónde y a qué costo obtener y desechar los recursos, y sobre todo la relación entre los ciudadanos deben ser repensadas.

La Carlota colapsaría si se destinara a suplir carencias básicas de la Caracas actual. Si se destinara a un parque verde que simplemente conviviera con la ciudad actual, permitiendo distanciamiento y refugio de sus problemas, sería (a pesar de su tamaño) un parque más. El verdadero potencial de La Carlota reside en ser motor de cambio para transformaciones que afecten a la ciudad en su totalidad. Las dinámicas de crecimiento de Caracas han desplazado el centro hacia el este del valle. El futuro parque ocupará un lugar preeminente en esta nueva centralidad. Su papel estará en definirla y calificarla a partir de acciones concretas, algunas inmediatas como la recuperación de lo peatonal (¿es posible un parque sin un puesto de estacionamiento?) o la eliminación de barreras (¿es factible un parque con acceso desde cualquier punto y a toda hora?), y otras a largo plazo como la utilización racional de recursos o la recuperación hidrológica de la ciudad (¿un parque que recicle agua?) o la reforestación urbana (¿es posible un parque que produzca naturaleza para la ciudad?). En fin, La Carlota podría ser un parque desde el cual proyectar otra ciudad, que debe ser pensada a partir de «¿qué es posible?» antes de preguntar «¿qué hacer?». Si se hacen otras preguntas, posiblemente se obtengan otras respuestas.

Para realizar plenamente las aspiraciones urbanas es necesario comprender que existe la oportunidad de hacer no una mejor ciudad, sino una ciudad fundamentalmente diferente de la actual. ■